

taller de letras

REVISTA DE LA FACULTAD DE LETRAS DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

DOCUMENTOS

Especial Premio Nuez

Discurso de agradecimiento Premio José Nuez Martín

Isidora Stevenson

TALLER DE LETRAS 75 (diciembre de 2024): 232-236

DOI: doi.org/10.7764/TL.75.232-236

ISSN: 2735-6825

Discurso de agradecimiento Premio José Nuez Martín

*

Isidora Stevenson
Dramaturga
isidora.stevenson@gmail.com

Desafiante tarea esta de hacer un discurso; hay tanto que decir y que necesita ser dicho en estos tiempos enrevesados —donde lo que parecía ser obvio y zanjado, como el valor de la democracia, o lo que creíamos que ya nadie pondría en duda, como la dignidad que porta todo ser humano, son cuestionados a diario—; entonces el listado de lo que necesita ser nombrado se vuelve interminable mientras las violencias se siguen sumando y superponiendo unas sobre otras. Telúricos tiempos estos que nos toca vivir.

Pero aún nos quedan las palabras y, con ellas, todos los mundos posibles que las habitan y que de nombrarlos ya comienzan a existir; por eso es necesario nombrar, una y otra vez. Esos otros mundos posibles, esas otras realidades, son nuestra responsabilidad y debemos estar a la altura de estos tiempos para poder iluminar algo entre tanta penumbra. Es por esta razón que quisiera partir agradeciendo: la manera más luminosa de comenzar.

Y no agradezco solo el honor de ser galardonada, sino agradezco también el hecho ser sumada al listado de quienes han recibido antes este importante premio: autoras y autores que leo, admiro y respeto profundamente, que han hecho historia de un modo u otro en la narrativa y la dramaturgia de nuestro país.

Les nombro porque cada vez que escribimos, no solo aparece nuestra voz autoral, nuestro imaginario; al escribir también hablan o más bien susurran las voces de quienes hemos leído, de quienes nos han inspirado, de quienes nos han conmovido con su escritura. También, cada vez que escribimos, seguimos la huella que han dejado quienes han abierto los caminos por los que transitamos hoy. Traigo entonces hoy conmigo a todas esas personas que abrieron caminos; hago hoy un ejercicio de memoria por ellas. Estamos aquí las personas de hoy, las de ayer y las de mañana.

Quisiera detenerme en un punto que salta a la vista: el de los caminos que deben ser abiertos, que alguien tiene que abrir nombrando porque pareciera que naturalmente no sucede.

De las veintisiete ediciones de este importante premio, solo cuatro veces ha sido recibido por mujeres, soy la quinta. Me siento honrada y muy orgullosa de serlo, y no me interesa instalar aquí el agitado binarismo de las simples oposiciones, de una inútil tensión sin matices entre mujeres y hombres porque los géneros no son binarios y tampoco sus luchas, es todo mucho más complejo y enredado, lo atraviesan innumerables factores: históricos, culturales, económicos, políticos y, por su puesto, de clase y de género, los dos ejes principales del texto que me ha hecho curiosamente merecedora de este premio, *Niebla*.

Y digo curiosamente porque a la grata sorpresa de este premio se sumó la inquietud de recibirlo por esta obra precisamente, una dramaturgia hija de su tiempo, la pandemia: una obra breve escrita para ser puesta en pantalla en pleno tiempo de encierro. Todo lo que se escribió en pandemia y que no fue poco, pasará a la historia como parte de una nueva dramaturgia llamada “teatro virtual”; algún día con distancia podremos observar eso que pasó en ese tiempo que parece tan lejano pero que fue hace un suspiro y que, estoy segura, no quisiéramos que volviera. Creo que nunca antes añoramos tanto los escenarios como en ese tiempo porque nada puede reemplazar ese espacio vital de encuentro, de intimidad colectiva, de oscuridad y silencio en el que todo parece ser posible, porque lo es. Así nació esta *Niebla*, como una escritura situada, pero antes de hablar de eso quiero ir un poco más atrás.

Mis referentes siempre han sido mujeres; mi mamá, educadora y gran lectora; la bibliotecaria del colegio, mis profesoras de historia, castellano y filosofía, que supieron alentar y encausar mi interés por las letras; mujeres que fueron capaces de abrirnos caminos mostrándonos otros mundos posibles, sugiriendo autoras fuera del triste plan lector de un colegio de niñas en los años noventa y tomándose el tiempo de leer mis cuentos y no solo los míos, los de varias, traficando libros impensados para niñas de quince años de esa época. A ellas todas, Constanza, Nadia, Judith, Patricia, Daya, les debo tanto. Qué importante se vuelve la educación que es capaz de reconocer e impulsar a quien tiene enfrente, es una obviedad lo que digo, pero sin ellas y su afanosa entrega de referentes, de mujeres que habían hecho historia, probablemente no estaría aquí. Porque la lectura y la escritura fueron las orillas a las que logré llegar cada vez que me estaba ahogando.

Cuando entré a la escuela de teatro tenía tantas ganas de escribir dramaturgia, sin embargo, en la clase de historia del teatro solo se nombraban dramaturgos. En la clase de historia del teatro chileno lo mismo, bueno, hasta que al final del semestre aparecía Isidora Aguirre, y con ella terminaba el año y la posibilidad de conocer a otras autoras. ¿Cómo yo iba a osar escribir dramaturgia si esta era un territorio exclusivo de los hombres? Y, bueno, de Isidora Aguirre, que para mí, en la arrogante ignorancia de los dieciocho años, era la señora que en un mundo de hombres había escrito la obra con el título más femenino que podría escribirse: “La pérgola de las flores”.

Cuando años después, siendo una veiteañera, fui por primera vez a su casa, como asistente del editor que trabajaba en la publicación de su antología, me pareció alucinante que esa señora bajita y menuda hubiese logrado abrirse camino en una época en que, según la historia que se nos contaba, solo había autores. Al poco rato de estar con ella entendí el por qué: era brillante y graciosa, llena de fuerza, de ideas, tozuda, profundamente crítica y con tantas historias que cada vez que iba por algo puntual, me iba más tarde que la vez anterior. Y siempre entre esas historias aparecía la rabia que le daba no haberse ganado el Premio Nacional según sus palabras, “solo por el hecho de ser mujer”.

Tocaya, me decía, ¿qué hombre escribe con una guagua en brazos, amamantando como lo hice cuando escribí “La pérgola ...”?

La pregunta no necesitaba respuesta. Ella, puérpera, había escrito la obra chilena más famosa y la más montada de nuestra historia y aún así no había sido merecedora del premio. Y a pesar de la rabia que le daba, la solitaria presencia de su nombre de mujer colgando el final del semestre del curso teatro chileno, seguía abriendo caminos una y otra vez. Una forma de abrir caminos es nombrar, dar a conocer, citar, reconocer y, claro está, premiar.

Pero hubo muchas, muchísimas más, antecesoras y contemporáneas de Isidora Aguirre; anarquistas, comunistas, aristócratas, literatas, cientos de mujeres que fueron borradas de la historia de nuestro teatro y que gracias a investigadoras que han desarrollado trabajos arduos y minuciosos, pirquineando nuestra memoria olvidada, hemos podido conocer. Y nombro aquí, porque es importante nombrarlas, a Maritza Farías, Patricia Artés y Lorena Saavedra, quienes conforman el Núcleo de Creación e Investigación Escénica NICE, y quienes han sacado a la luz a tantas antiguas, reconstruyendo memoria, reescribiendo nuestra historia.

Mi abuela, quien inspira esta obra junto a muchas otras mujeres que he conocido, no pudo abrirse camino en lo que realmente quería hacer. A pesar de su inteligencia, interés por la lectura, facilidad con las palabras, sentido del humor y ganas de estudiar, no le fue permitido. Otras muchas mujeres mayores que conozco, brillantes, por sus condiciones materiales no pudieron siquiera permitirse soñarlo. A otras, no les quedó más que abrirse camino pero siempre pagando un costo. A todas esas mujeres mayores, a nuestras antiguas, está dedicada *Niebla*.

Una obra sobre dos mujeres que una vez que enlazan sus vidas, ya no les es posible desenlazarlas. Una historia que podría ser sorora, de hermandad, pero como el género y la clase son un tejido enredado, no hay igualdad posible entre ellas. Lo único que las iguala es la soledad y el encierro en el que están en ese pasado que fue la pandemia, en el que personas mayores fueron infantilizadas y aisladas, como si ya no lo estuvieran. Es en esa soledad que se despiden, haciendo juntas un ejercicio de memoria doloroso pero necesario porque saben que la memoria no es solo regresiva: nombrar, recordar es una flecha que se lanza hacia el futuro, es la única manera de no perderse en esa niebla que no nos deja movernos porque no recordamos qué era lo que andábamos buscando ni hacia dónde nos estábamos moviendo.

Porque la memoria, con minúscula o mayúscula, la propia o la colectiva es identidad. Somos nuestra memoria.

Escribir es un ejercicio de memoria también, recreando el pasado, mirando hacia el futuro, creando mundos posibles, relatos posibles, caminos posibles.

Muchas veces en el ejercicio de escribir retratamos realidades que queremos exponer, evidenciando oscuridades, volviendo a contar las mismas historias o nuevas historias pero de las mismas maneras.

Soy una convencida de que no basta con tematizar; lo importante son las perspectivas desde las que desarrollamos las historias; la apertura, la óptica y proyección de estas como un ejercicio de memoria futura, de caminos que pueden seguir abriéndose.

Por eso escribo, porque creo en la capacidad transformadora de las palabras, catalizadoras de mundos desconocidos, pasados y futuros. Viajeras del tiempo, poderosas que hacen aparecer lo olvidado y lo inexistente.

Para terminar, vuelvo a agradecer.

Primero por este reconocimiento, agradezco a la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Fundación José Nuez Martín. Es una alegría enorme para mí recibir este premio.

A mi familia toda, gracias.

A Pancho y nuestro hijo Gaspar, fuentes inagotables de alegría, compañerismo e inspiración.

A mis amigas y amigos, tejido de hermandad que se sostiene en el tiempo y que agradezco todos los días.

A Niebla entera, y cuando digo *Niebla* traigo aquí conmigo a Soledad Gaspar, amiga, cocreadora y directora de la puesta en pantalla de la obra. Traigo también al Teatro Finis Terrae, que a través de Amalá Saint-Pierre y Marco Antonio de la Parra me invitaron un día de pandemia a escribir una obra para dos personajes: sin esa provocación *Niebla* no existiría. Y por supuesto a Gaby Hernández y Gloria Munchmayer, pues sin ellas Nenita y Carmen no habrían visto la luz.

Gracias también a las dramaturgas, especialmente a las que mientras amaman, crían y hacen dormir, habitan la persistencia y obstinación de seguir escribiendo: son fuente continua de estímulo y admiración.

Y a quienes nos publican, que hacen posible que nuestras voces trasciendan y seamos referentes futuros.

Termino aquí, invocando a las antiguas, a las que estamos y a las del futuro, y no bajo esa idea homogeneizante y totalizadora que es la dramaturgia femenina, como si fuésemos una identidad común, una misma voz, una temática o una manera de escribir.

Todo lo contrario, desde la multiplicidad, la extrañeza, la diversidad y la diferencia que somos las mujeres que escribimos dramaturgia, porque es un lugar nuestro, que hemos decidido habitar y porque sabemos que, como decía en un comienzo, son tiempos enrevesados y debemos seguir nombrando, para que lo que hemos avanzado ya no vuelva atrás.

Muchas gracias.